

DISCURSO DE CONTESTACION AL DEL
EXCMO. Y REVERENDISIMO SR. ARZOBISPO DE SEVILLA
MONSEÑOR CARLOS AMIGO VALLEJO *

POR EL EXCMO. SR. D. FRANCISCO MORALES PADRÓN

Un discurso de contestación gira en torno a dos temas: la personalidad del académico recipiendario y su discurso. Para presentar al electo académico y hacer su elogio hemos recurrido a un paisaje, a una nota tipificadora de su personalidad y a un libro escrito por él. Lo realizamos con parquedad, procurando estar a tono con la idiosincrasia del electo y la naturaleza de su discurso. Y aunque pudiera haber una recóndita intención en monseñor Amigo Vallejo en traspasar el protagonismo de este acto a Sor Angela de la Cruz, a Juan Pablo II y a la ciudad de Sevilla, nosotros no podemos evitar de darle ahora el papel que le corresponde.

Iglesia y Academia

Innumerables son los miembros de la iglesia que han formado parte de la Academia. La Iglesia Católica está en sus orígenes. Es un clérigo, Luis Germán y Ribón, quien la funda el 16 de abril de 1751. Fue su primer director. También un eclesiástico será electo como segundo director. Desde entonces hasta hoy se han sucedido 45 directores, de los cuales 13 formaban parte de la Iglesia hispalense. Resaltemos a Manuel María de Mármol, elegido para cuatro períodos no seguidos. A su lado hay que situar a don José Sebastián Ban-

* Leído el 19 de febrero de 1984.

darán, otro director eclesiástico que permaneció al frente de la institución muchos años. El brazo eclesial ha estado muy presente en la vida de la corporación como corresponde a un estamento o grupo social que detentó durante cuarenta siglos la salvaguardia de la cultura. Varios han sido los arzobispos que honraron esta casa, como acaba de indicarnos monseñor Amigo Vallejo, yo le señalaré como un remoto antecesor suyo por lo que a la orden de los franciscanos se refiere a fray Miguel Bravo, obispo de Lugo y vicario en Sevilla de las religiosas de Santa Clara, académico en el primer lustro del siglo pasado y gran defensor de Fernando VII.

El último religioso, después del inolvidable don Rufino Villalobos, había sido Fray Serafín de Ausejo, cuya vacante ocupa nuestro recipiendario, dotado de unas calidades humanas y científicas que referirnos a ellas hace muy difícil nuestra misión.

Un paisaje, una nota de su carácter y un libro

Aquí no sobra nada. Muchas veces las semblanzas biográficas, pese a su condición de bosquejo, se adornan con escayolas y hojarascas que ahogan y ocultan las líneas maestras, cuando no es que sustituyen a unas inexistentes coordenadas básicas.

Nuestro académico electo nace en Medina de Rioseco (Valladolid). El biógrafo apresurado lleva enseguida al personaje a la Facultad de Medicina de Valladolid, cuyos estudios interrumpe para ingresar en el noviciado de la Orden de San Francisco en Santiago de Compostela. Ordenado sacerdote en 1960 y hecha la profesión en la Orden de los franciscos pasa, enseguida, a Roma en cuyo Pontificio Ateneo Antoniano se licenciará en Filosofía. Regresa a España y en la Universidad Complutense realiza estudios de Psicología. En los colegios que su Orden tiene en Zamora y Vigo adquiere experiencia en la formación de la juventud. En el año de 1968 es elegido Viceprovincial y en 1970 Provincial de su Orden. Con estas responsabilidades simultanea el ejercicio de la docencia

en el Seminario de Santiago. Pablo VI lo designa arzobispo de Tánger en 1973, y al año es consagrado obispo en Madrid. Durante ocho años regirá la diócesis tangerina y será miembro de la Conferencia Episcopal de Africa del Norte, manteniendo un estrecho contacto con el pueblo andaluz a través de una fecunda actividad pastoral que le ha permitido conocer los problemas sociales y espirituales de nuestra tierra. Hasta aquí, hasta alcanzar el arzobispado de Sevilla, llega el delineamiento de una biografía de urgencia, auténtico esquema de una brillante trayectoria humana y ministerial, desarrollada en varios y variados paisajes.

Los paisajes, dijo Ortega y Gasset, son fondo y escenario para el dramatismo de nuestro corazón. «Conforme avanza éste por la vida lleva consigo a la rastra todo el repertorio de sus antiguos paisajes esenciales, como un empresario de teatro viaja con sus decorados y bastidores»¹. Ello es cierto. Somos conscientes que nuestra vida cuenta con múltiples escenarios y que algunos son inmanentes en su representación. También sabemos que nuestra vida está trenzada de detalles, algunos decisivos o determinantes en nuestra personal realización, en el logro o para el logro de lo que somos y de lo que hemos querido ser y no fuimos. Sabemos esto, pero cuando se trata de la vida del otro nos mostramos concisos, rápidos, abreviados. Generalizamos. Cada vez conocemos a más gente, pero también cada vez de la personalidad de esas gentes sólo estamos informados de una mínima parcela, de la que nos interesa.

A mí por eso me hubiera gustado caminar en sosegada conversación con nuestro académico electo por los paisajes de su vida y absorber lo que en cada uno de ellos fue más dramático, quiero decir más representativo. No ha sido posible, claro; pero yo he realizado el paseo, solo, y me he quedado con un paisaje, con una nota espiritual de su carácter, y con un libro.

Para mí que en el escenario de Medina de Rioseco están

1. Ortega y Gasset: *El Espectador*. Tomos VII y VIII. Colección Austral, 1420. Madrid, 1960, p. 91.

las claves, llaves, de muchas preguntas que nos pudiéramos plantear al trazar la biografía de nuestro Arzobispo. El entorno de la infancia es siempre trascendente en la vida de un hombre. Pero no sólo he escogido tal paisaje por esta razón, sino pensando en Sevilla, el actual escenario de nuestro académico electo. De Medina se dice que tiene iglesias que parecen catedrales. Medina de Rioseco conserva en su templo de Santa María una custodia procesional debida a Antonio de Arfe. Posee la ciudad y pasea en Semana Santa por sus calles pasos famosos como el de «Longinos» o el del Descendimiento. A Medina de Rioseco la llaman la ciudad de los Almirantes. Ante cada una de tales realidades hemos establecido relaciones con Sevilla porque ésta es dueña de templos que parecen catedrales, pero la grandiosidad de la suya propia impide hacer tal aseveración. El apellido Arfe hizo aquí sorprendente habitáculo de plata para Dios cuando pasea por las calles sevillanas, viacrucis en otras ocasiones para sus pasos procesionales. Sevilla fue la ciudad del Almirantazgo de Castilla. Y hasta tuvo, y mantiene aún mínimas reliquias frente a la Puerta del Perdón, unos porches como los de la calle de la Rua de Medina. Quizá monseñor Amigo Vallejo se ha percatado ya de todo esto, y haya evocado alguna vez, bajo los estímulos sevillanos elementos de su primer paisaje vital alzado

«allá en Castilla, mística y guerrera
Castilla la gentil, humilde y brava»

que cantó el sevillano Antonio Machado.

Acorde con el paisaje la nota espiritual. No hemos podido acompañar a nuestro arzobispo por sus paisajes, tampoco le hemos tratado profundamente. Pero él es una persona nada difícil de aprehender en su espiritualidad y, además, tenemos sus libros. Los libros son buenas referencias para el conocimiento de sus autores. Al fin y al cabo ellos, los autores, se van reflejando en sus páginas, van depositando en ellos pedazos de su personalidad. De inmediato nos damos cuenta de que

monseñor Amigo Vallejo es «un varón sin malicias ni marañas», como decía Santa Teresa de San Juan de la Cruz. Quienes han escrito sobre su modo de ser apuntan y resaltan su bondad, comprensión, alegría, apertura, simpatía, recogimiento, fervor, prudencia, clarividencia, intuición, sencillez. *Sencillez*; he aquí lo que más nos ha impresionado a nosotros. El ejemplo de San Francisco está muy cerca o muy dentro de sus normas de conducta. Claro que aquí nos podríamos plantear una interrogante más: ¿Cómo era monseñor Amigo Vallejo antes de entrar en la Orden? ¿Poseía ya un temperamento franciscano antes de su profesión religiosa? Como él mismo dice con referencia a San Francisco «todas estas cuestiones son nuestras, que no suyas». Yo pienso que nuestro académico ha estado siempre adornado con la virtud de la sencillez. Pero esta sencillez que nos admira exige una explicación.

Como decíamos la manera de ser de un hombre se refleja también en sus escritos. El estilo es el hombre, escribió Buffon. Hemos acabado de comprobar el tono de naturalidad con que ha expuesto su discurso, afeitado de rimbombancias. Acudiendo a sus escritos para recabar más datos que nos permitieran pergeñar estas líneas, nos hemos encontrado con cinco libros y varios artículos. Entre los primeros destacan:

- 1) Dios clemente y misericordioso. Experiencia religiosa de cristianos y musulmanes. Ediciones Paulinas. Madrid 1981.
- 2) Conferencias Teológicas VIII Centenario del nacimiento de San Francisco de Asís 1182-1982 S.l. y S.a.
- 3) Estáis llenos de bien. Edit. Egda. Madrid 1982.
- 4) Francisco, ¿cómo es Dios? Editorial Cisneros. 1982.
- 5) Testigos del amor a la Iglesia. Aproximación a una eclesiología de la vida religiosa. Instituto Teo, pógico de vida religiosa. Madrid 1984.

A los que hay que añadir múltiples artículos. Al igual que en los paisajes nos subyugó uno y en las notas caracterizadoras de su personalidad nos captó una, también en su producción historiográfica nos atrajo la que lleva por título «*Francisco, ¿cómo es Dios?*», que yo me atrevo a recomendar a todos. Porque este librito, al contrario de los otros escritos encaminados fundamentalmente al mundo religioso o eclesial, es una mano amiga (y hago un intencionado juego de palabras) que el autor ofrece a todos para ser mejores, en un estilo elegante y sencillo.

Un libro sencillo en cuyas páginas, como decía, vamos a encontrar reflejada esa personalidad y referencias para explicar una de sus notas definitorias, la de la sencillez. Es difícil describir la sencillez, «quizá porque estamos acostumbrados, en buena metodología, a definir dividiendo. Hacer partes y más partes. Diseccionar. Comparar y oponer. Y la sencillez se resiste al método. ¿Es una idea sin contenido? ¿Una simple actitud mental»².

Acudiendo a los sinónimos pudiéramos tomarla por veracidad, llaneza, honradez, rectitud, espontaneidad, modestia, buena fe, sinceridad, etc. Como en el caso del Santo de Asís, la sencillez de nuestro arzobispo-académico no hay que confundirla con ninguno de estos conceptos aunque lleva aparejada algunos de ellos. Su sencillez no es sólo un comportamiento, sino que es un estilo, una motivación y una fuerza que impulsa y que busca. Su sencillez es luz, es pasión compartida.

Las reflexiones de Monseñor

El discurso pudo haber sido la *crónica* o la *historia* de la visita del Papa. La *crónica*, es decir el relato de lo que aconteció en la ciudad durante aquellas horas. La *historia*, es decir la reconstrucción e interpretación-explicación de lo que sucedió y que ya es pasado. Nuestro académico no ha hecho

2. Carlos Amigo Vallejo: *Francisco, ¿cómo es Dios?* Editorial Cisneros. Madrid, 1982, pág. 58.

ni una ni otra cosa. No ha querido ser ni el cronista ni el historiador. La crónica de la visita, necesaria para el historiador, la hicieron los periódicos de aquellos días y —¿quién sabe?— si también algún sevillano que redactase un Diario o Memorias de la ciudad. La Historia está aún por hacer. Pero aquí, en estas reflexiones, se hace ya algo de historia a la par que se aporta un material que puede servir de fuente. Nuestro académico electo ha querido reflexionar sobre los *cómo*, los *cuándo*, los *porqué* y las *consecuencias* del viaje papal. Esto ya es historia. Historia hecha no como el historiador profesional que está situado fuera y lejos de los hechos, sino como de quien fue testigo y actor. En esto se parece al cronista. Pero no hace crónica. Sus reflexiones poseen un valor testimonial, denunciado desde el principio con el uso rotundo del pronombre personal YO.

Monseñor Amigo Vallejo ha querido como testigo presencial hacerse unas preguntas en torno al viaje para aclarárnoslas a nosotros. Y estas preguntas y respuestas propias de un historiador —por qué la historia es la ciencia de los porqués— constituyen ya una fuente para los futuros historiadores. No se ha pretendido, repetimos, darnos la crónica o la historia de la visita papal, sino ofrecernos las conclusiones en torno a unas reflexiones que el viaje le sugirió a Monseñor Amigo Vallejo. Y que comenzó con el anuncio del mismo al pueblo de Dios cual nuevo arcángel Gabriel. *Porqué* y *para qué* viajan los papas (iluminar y testimoniar); *oportunidad* de su viaje a España, *por qué* vino a Sevilla; el mensaje de los obispos andaluces, el mensaje del Papa y balance de su presencia: siembra de alegría, impulso a la Iglesia Hispalense, incitación a mantener la fidelidad a ser hombre, la lección de su compostura personal y dejarnos una Santa.

Nunca un Papa había venido a España. Ni siquiera aquellos que fueron españoles: San Damaso (se duda que lo fuera), Silvestre II, Calixto II, Alejandro VI... Sólo estuvo el antipapa Luna, Benedicto XIII. Los que nos visitaron lo hicieron cuando aún no habían sido elegidos para ocupar el trono de Pedro: Adriano VI, Benedicto XV, Pío XII, Juan XXIII... Pero al fin uno, peregrino como el primero, llegó

hasta Sevilla y amplió el retablo de la santidad hispalense: Sor Angela de la Cruz se unió a Santa Justa y Rufina, a San Crispín, obispo de Ecija, a San Félix, a San Pedro Hispalense, a San Florencio, a San Laureano, a San Hermenegildo, a San Leandro, a San Isidoro, a San Fulgencio, a Santa Florentina, a San Fernando, a San Diego... Una mujer, símbolo de todo lo mejor que esta ciudad encierra y punto de coincidencia de todos sus habitantes de cualquier condición, unió su levedad trascendente al Santoral sevillano. Fue algo inolvidable. Roma se hizo Sevilla y Sevilla se hizo Roma.

La Catedral del Ferial

Algún día habremos de escribir, o habrán de escribir, un libro sobre la *Sevilla desaparecida*. Y en él aparecerá toda la fabulosa arquitectura efímera, fugaz o pasajera que de modo momentáneo y provisional la ciudad ha erigido para conmemorar una serie de fastos que van desde la muerte de Felipe II a la beatificación de Sor Angela de la Cruz. El sevillano, con la misma morosidad, monta un paso de Semana Santa que una caseta de Feria. Y todo al mismo tiempo. Todo es religión, en el lato sentido de la palabra; y todo requiere una liturgia. Y todo responde a esa peculiaridad de la condición andaluza de vivir mitad en la realidad, mitad en la ficción al decir de Julián Marías³. Porque los sevillanos lo mismo han bailado y se han divertido durante años en el Prado de San Sebastián, gigantesco cementerio donde yacen más de veinte mil conciudadanos enterrados allí cuando la peste de 1649, que alzan un asombroso escenario litúrgico para una grandiosa y única ceremonia religiosa, donde levantarán miles de pequeños templos en los que se oficiarán otras ceremonias. La vida y la muerte siempre hermanas, siempre familiares, donde los medios siempre tienen un fin y siempre producen un placer.

Sabe el andaluz que todas las cosas se entienden mejor

3. *Nuestra Andalucía*. Colección Alción. Ediciones de la Revista de Occidente. Madrid, 1972, p. 73.

por medio de imágenes, sean plásticas, sean metafóricas. Practican también la continua incorporación del pasado a base de renovarlo y recrearlo. Se le tiene cerca e incorporado. Fruto de estas concepciones y modos de ser fue la catedral al aire libre, elevada en el Ferial por obra del arquitecto y académico en esta Academia Rafael Manzano. El, en la misma línea de los artistas del pretérito que edificaron similares arquitecturas, dio vida a un altar como si estuviera escuchando el propósito exagerado de los clérigos que decidieron construir la catedral. ¿Qué pensó Juan Pablo II cuando lo vio? ¿Y cuando contempló a los Seises danzar? ¿Y qué dijo de la Giralda engalanada? ¿Qué le pareció el templo catedralicio y la humilde tumba de Sor Angela? ¿Qué pensó Juan Pablo II del fervor de esta tierra cuya religiosidad gira en torno a María a la que él se consagró siendo obispo con el conocido lema *Totus tuus ego sum* tomado del Salterio atribuido a San Buenaventura? Todo esto es también parte de la Historia del Papa en Sevilla, cual quiso expresar un mensaje a través de la plástica del altar. Porque allí estaba, enmarcada en el sol de plata de Laureano de Pina —un sol contemporáneo del Bernini— la figura de la nueva santa, y que simboliza el alumbramiento de la nueva santidad. Estaba la Inmaculada, el dogma esencial de Sevilla, presidiendo a las más conocidas advocaciones de la ciudad: Santa Justa y Rufina, las trianeras representantes del pueblo llano; San Leandro y San Isidoro, testimoniando al mundo religioso y de la cultura; San Hermenegildo y San Fernando, símbolos de la realeza y de la aristocracia, incorporadores de España y de Sevilla a la fe cristiana. Todo en medio de una sinfonía de plata —los Vizarrones— proveniente de América, ubre nutricia de la urbe en su mejor época. Plata labrada por familias de artesanos y artistas, allí presentes como el apellido Marmolejo. Y los tapices de Bacaristas, la modernidad de manos de un artista nacido en un trozo amputado de Andalucía.

Pasó por estos sotos con presura

Refiriéndose a la poesía de San Juan de la Cruz, Menéndez y Pelayo escribía que «Por aquí ha pasado el espíritu de Dios hermoséandolo todo». Algo similar pudiéramos nosotros decir con respecto a la visita del Papa. Fue breve su estancia, como efímera fue la arquitectura alzada para la gran ceremonia religiosa del Campo del Ferial. Pero aquella arquitectura exhibía un mensaje teológico similar en contenido y profundidad los autos sacramentales de antaño, de una Sevilla eterna o permanente, como permanente será el recuerdo de este día.

Roma se hizo Sevilla, y Sevilla se hizo Roma. No en vano los humanistas del siglo XVI habían llamado a nuestra ciudad «Nueva Roma». Sevilla estuvo a la altura de su Santa y de su Papa. Fue en aquellas horas irrepitibles una ciudad digna de una Santa y una ciudad para un Papa. Nuestro académico-poeta Joaquín Caro Romero cantó con exquisita sensibilidad:

JUAN PABLO HABLA CON SOR ANGELA

Y vino un aire de andaluza Roma.
(«Domine, fact ut videam», Saulo dijo.)
Y la calle era imán de regocijo,
un pulmón de bandera y de paloma.

Las cuatro de una tarde policroma
en un camino de Emaús prolijo.
Helicóptero, torre y crucifijo.
El pastor va de blanco por la loma.

Venía de estar con Juan y con Teresa,
purísimos caprichos de estudiante
que amó a Chopin por una polonesa.

Y sorprendido al no escuchar un grito,
no es de extrañar que el dulce caminante
con Sor Angela hablara tan bajito.

Tendremos aún que esperar a que pase el tiempo para comprobar cómo los sevillanos han asumido y reconducido individual y colectivamente su conducta en relación con el mensaje papal y el ejemplo de Sor Angela de la Cruz.

El Papa ya no está, a pesar de él «no te vayas todavía» Sevilla y Sor Angela siguen. Los sevillanos siguen. El Papa no está entre nosotros pero la soledad es sonora gracias a su doctrina porque

«Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con presura
y yéndolos mirando,
con sola su figura,
vestidos los dejó de su hermosura»⁴.

Bienvenido: fe y cultura

Somos conocedores que las corporaciones existen y dejan sentir su realidad si sus miembros tienen conciencia de pertenecer a ellas y viven un programa de quehaceres. Una entidad con vida es algo más que un grupo de personas que se reúnen para estar juntas; es un grupo, dotado de unos méritos que les ha llevado hasta ese honor de ser miembro de la entidad, que se reúne para hacer cosas conjuntamente. Esto es y quiere seguir siendo la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, que sabedora de los merecimientos de monseñor Amigo Vallejo, acordó en su día incorporarlo a su seno como en otras ocasiones hizo con predecesores suyos para proseguir ese empeño de conciliar fe y cultura.

Personalmente tuvimos ocasión de escuchar a Su Santidad en el discurso que dijo a los universitarios y hombres de la cultura en general durante su visita a la Universidad Complutense de Madrid, y en el que manifestó que «La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fiel-

4. San Juan de la Cruz: *Cántico Espiritual*.

mente vivida». Y así lo han comprendido muchos intelectuales que, al igual que el cardenal Mindszenty consideran que «la fe no es un mero traje de día festivo, sino el latido de la vida cotidiana, la respiración del alma»⁵. Esta corporación en la que Monseñor Amigo Vallejo es recibido ha procurado hacer esa síntesis a la que Su Santidad aludía, porque permanece fiel al espíritu de sus fundadores. Es algo que se respira en nuestros Estatutos y Reglamentos y que ahora, sin duda, se refuerza con las orientaciones y magisterio del Sr. Arzobispo, compañero nuestro desde hoy.

Al darle a nuestro arzobispo Monseñor Carlos Amigo Vallejo la más entrañable y respetuosa enhorabuena por su incorporación a nuestra Academia, al felicitarnos nosotros por su ingreso en la misma que implica, sin duda, un enriquecimiento humano y científico del organismo, lo hacemos consciente de que los anales de la historia de Sevilla el día 5 de noviembre de 1982 merecerá una página especial lo mismo que en los anales de esta Academia el día 19 de febrero de 1984 es ya, desde ahora, una página singular.

5. *La Madre*. Colección Patmos Madrid, 1954, p. 93.